

Henri Dunant:

Su vida

y Su obra

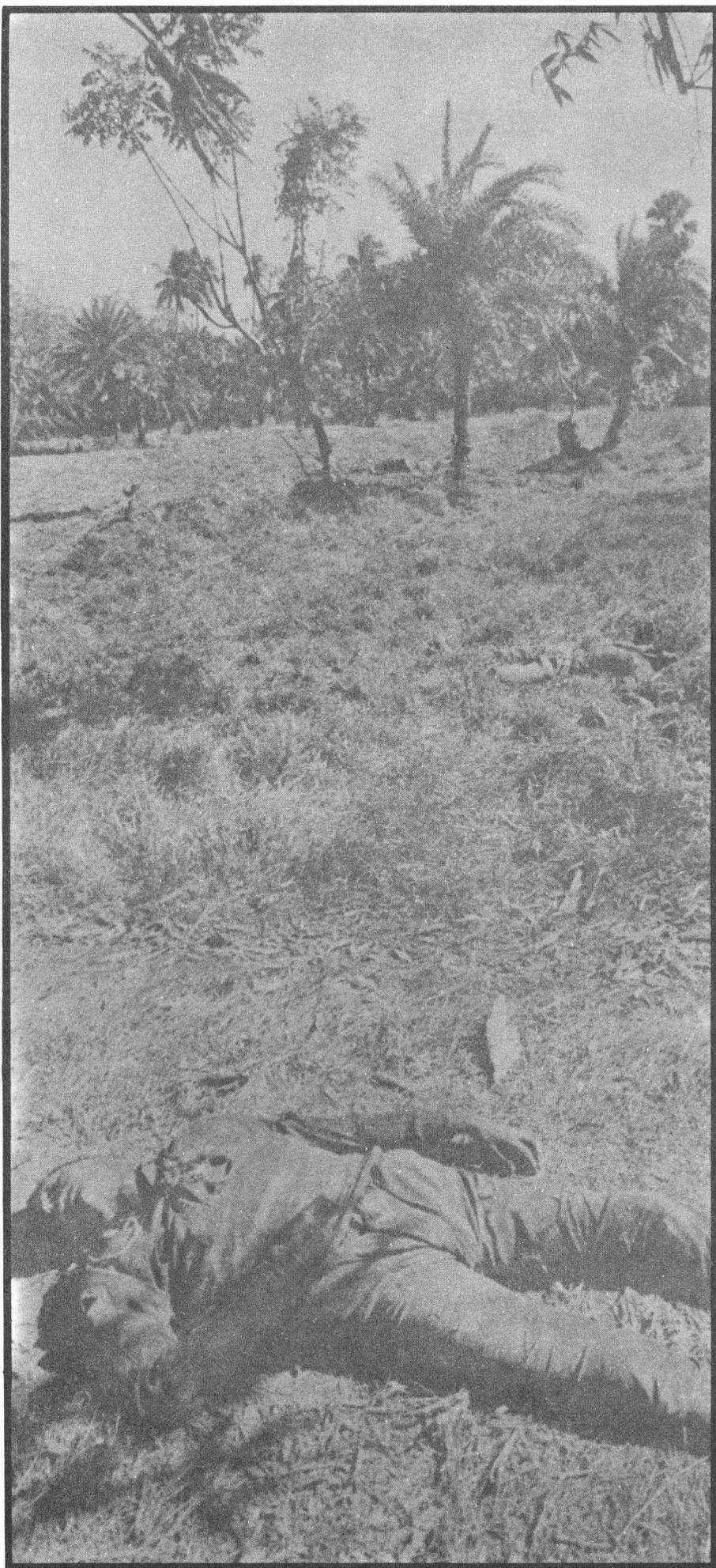
Por José Hernández Gutiérrez

*PRIMER PREMIO
del Concurso literario de la
Cruz Roja.*

*La Cruz Roja, en colaboración
con nuestra Entidad, ha organi-
zado el ya tradicional concurso
literario. A continuación ofre-
cemos el original galardonado
con el primer premio.*

La batalla de Solferino, que tuvo lugar el 24 de junio de 1859 en las llanuras salpicadas de colinas de Lombardía, fue una de las luchas más sangrientas de todo el siglo XIX. Los ejércitos eran de los más grandes que se habían visto en Italia desde la época de César: 170.000 austríacos contra 150.000 italianos y franceses, aliados para acabar con su odiada dominación del norte de Italia. Alanochecer, unos 40.000 hombres yacían muertos o heridos y otros tantos habrían de caer después de la batalla, víctimas de la sed, del hambre y de las enfermedades.

Aquel día aterrador, Henri Dunant, hombre de negocios suizo, se encontró inesperadamente en el mismo centro del campo de batalla, en las cercanías de Solferino. Se cree que había ido a la desgarrada Italia con la intención de encontrar al emperador francés Napoleón III, jefe de las fuerzas aliadas, para



pedirle que intercediera ante las autoridades francesas que ponían trabas a las empresas de Dunant en Argelia donde poseía molinos harineros. La busca tenaz, pero hasta cierto punto dependiente del azar, lo había sumergido a él y a su aterrado cochero en lo más profundo de un holocausto de crecientes proporciones. Las escenas que presenciaba Dunant, hombre apasionado y esbelto de poco más de 30 años, que se había distinguido ya como fundador de la Asociación Cristiana de Jóvenes, eran de un horror épico e impresionante. Miles de muertos y agonizantes cubrían los campos y las laderas, muchísimos más de los que podrían atender los pocos médicos y practicantes disponibles. Abrumado, Dunant veía cómo los soldados franceses arrastraban los pesados cañones por encima de las víctimas desamparadas. Presenció cómo los soldados mataban a los prisioneros austríacos e intervino para detener la matanza. Después vio a una patrulla austríaca matar a pedradas a un capitán francés herido.

Dunant olvidó por completo todo lo relacionado con sus negocios y se entregó por entero a una obra a la que habría de dedicar el resto de su vida: la de aliviar el sufrimiento y salvar vidas. Organizó en el cercano Castiglione un cuerpo de enfermeras y practicantes, todos voluntarios, y en la iglesia del pueblo hicieron cuanto estuvo a su alcance para ayudar a más de 1.000 hombres gravemente heridos: les proporcionaban agua, alimentos, tabaco, escribían sus cartas o sencillamente acompañaban a los agonizantes en sus últimos momentos. El sufrimiento, la falta de higiene y la sensación de

impotencia ante la muerte - por carecer de suficientes médicos y equipo sanitario- dejaron en la sensible alma de Dunant una impresión todavía más vívida que aquel horrible primer día de Solferino.

Tomó la decisión de no descansar hasta que las condiciones hubieran mejorado.

Sus solicitudes de ayuda aparecieron en los diarios de Francia y Suiza; mendigó provisiones y coordinó los esfuerzos de médicos y de enfermeras. Dormía apenas unas cuantas horas. Por su entrega se ganó la admiración de la mayoría de los que trabajaron con él.

Después regresó a Suiza y resumió todas sus experiencias en un libro, "Recuerdos de Solferino". Descuidó completamente sus negocios y se dedicó a propagar sus ideas en libros, folletos, cartas y conferencias. Era un orador brillante y rara vez dejaba de convencer a su auditorio, al que conmovía con su sinceridad. En 1863 se reunió en una conferencia, en Ginebra, con la representación de las principales potencias de Europa. Uno de los puntos que se acordaron fue que todas las unidades de médicos y voluntarios deberían usar la misma insignia, reconocida y respetada por todos los ejércitos, sin importar su nacionalidad. El emblema escogido fue una cruz roja: inversión de la bandera suiza.

Avergonzado de su pobreza, debida al fracaso de las empresas de Argelia, se mudó a París. En 1867 su situación no podía ser peor. Tuvo que renunciar al puesto de secretario de la Cruz Roja Internacional. En julio de 1870 estalló la guerra franco-prusiana. Dunant trabajó incan-

sablemente en los hospitales y enfermerías en la capital francesa. Los acuerdos de las convenciones de la Cruz Roja se respetaron en los campos de batalla. Terminada la guerra viajó por las capitales europeas luchando por sus ideas. En agosto de 1872 dio una conferencia en Londres sobre el trato a los prisioneros de guerra. Florencia Nightingale le invitó a su casa y, con el tiempo, la cuestión de los prisioneros de guerra se convirtió en una causa célebre.

Además, luchó por la abolición de la esclavitud, la protección de los civiles durante los conflictos armados y la organización de servicios de ayuda en caso de siniestro. En 1871 llegó a iniciar una organización, en París, llamada La Alianza Universal, que se puede considerar uno de los precedentes de las Naciones Unidas. En 1892, debilitado por la enfermedad, ingresó en el hospital público de Heiden, y allí vivió los 18 años restantes de su vida. Con el tiempo llovieron sobre él honores y condecoraciones, entre ellos el Premio Nobel de la Paz de 1901.

Hoy, 114 años después de que Dunant se encontró envuelto en los horrores de la guerra, en Solferino, hay unos 230 millones de miembros de la Cruz Roja en más de 100 países. Ya sea que la llamada de urgencia se deba al terremoto de Chile o al de Nicaragua, a la guerra civil de Nigeria o a un tifón de Pakistán, esas abnegadas personas están prestas siempre a cargar con los sufrimientos de sus hermanos.

LEMA
"DE UNA VISION A TERRADORA
NACIO LA ESPERANZA".

